

FREUD MÁS ALLÁ DE FREUD

HERBER MARCUSE, *Eros y civilización*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1965, 285 pp.

Por fin se ha traducido al castellano el capital libro de Herbert Marcuse *Eros and Civilisation*. El autor, profesor alemán emigrado a Estados Unidos durante la época nazi, es uno de los mejores conocedores de Hegel y figura entre los marxistas abiertos de más jerarquía en la actualidad. En esta obra, por cierto, dedicada a una exégesis, crítica y ampliación de las ideas de Freud sobre los orígenes y el destino de la civilización, no cita una sola vez a Marx, pero el ideal humanista de éste último está presente en todo su desarrollo.

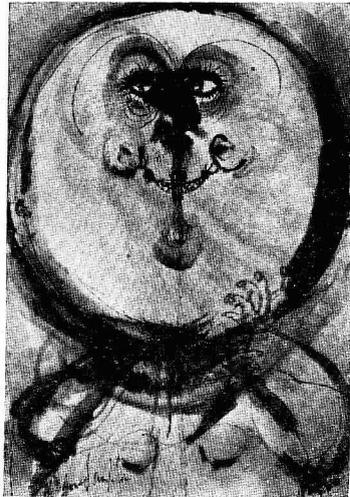
El libro tiene dos partes. En la primera el autor hace una exposición de la teoría freudiana de la cultura, ilustrándola con un análisis penetrante de las grandes líneas que constituyen la trama profunda de nuestra civilización e introduciendo algunos conceptos complementarios destinados a prolongar y diferenciar dialécticamente la substancia del pensamiento freudiano. En la segunda parte, expone a grandes rasgos los principios que regirían en un nuevo tipo de civilización no opresiva, como la nuestra, y basada en un principio de realidad distinto.

Freud veía el origen y la base de la cultura en la represión de los instintos, tanto sexuales como agresivos. Lo que movería a los hombres a organizarse socialmente dentro de una estructura de derecho sería la necesidad de defenderse de los tres grandes peligros que amenazan su dicha: la caducidad y vulnerabilidad de su propio cuerpo, el poderío de la naturaleza hostil y los peligros de la violencia, la explotación y el desamor de los otros hombres. Pero para constituirse en sociedad el hombre tenía que reprimir sus instintos, porque su satisfacción ilimitada reforzaría esas tres amenazas. El carácter polimorfo de la sexualidad, que tendría de suyo a hacer de cada zona corporal un órgano de placer, debería ser sacrificado, canalizando toda esa energía y sus exigencias hacia la sexualidad genital, reduciéndola incluso aún más en su ejercicio dentro de los límites de la función reproductora en el matrimonio monógamo. Toda satisfacción sexual que no estuviera ligada a esta función institucionalizada, debería tomar uno de dos caminos: o la satisfacción substitutiva (sublimación, síntomas neuróticos) o la directa, pero prohibida y cargada de culpa por la cultura (perversiones, inmoralidad sexual). También la agresividad sufriría semejante destino: en parte habría de ser canalizada hacia el trabajo, en parte directamente descargada a través de la guerra y la competición y en gran parte sería introyectada en forma de conciencia moral arcaica, en forma de Superyó cruel y culpabilizante.

Para Freud el progreso de la civilización es un progreso simultá-

neo de la represión y de los sentimientos de culpa. Cuanto más aumentan las exigencias de la cultura, tanto mayor ha de ser la represión de los instintos, siendo el producto de esta tensión un aumento del sentimiento de culpa. Para Freud esta dialéctica no tenía salida.

En la ontogénesis el hombre comienza bajo el imperio del principio del placer; el acontecer psíquico parece regido por una sola ley: deshacerse de toda tensión. Si la tensión implica displacer, placer



será el aspecto subjetivo de esa disminución de tensión. Ahora bien, esas tensiones tienen por objeto a los otros, que no siempre están a mano, ni dispuestos a satisfacerlas; de ahí que el niño tenga que aprender a domesticar sus tendencias, aplazando, transformando o renunciando a su satisfacción. Este aprendizaje lento y doloroso es a lo que Freud llama sometimiento al principio de realidad. Sin él, el hombre no saldría nunca de su narcisismo, ni habría sublimación ni vida social posible.

La gran aportación de Marcuse a este esquema consiste en introducir una distinción luminosa en dos de esas nociones clave de la antropología freudiana. En primer lugar, el principio de realidad postulado por Freud no es, a juicio de Marcuse, un principio natural e intemporal, sino un principio histórico que varía con las vicisitudes mismas de la cultura. En nuestra civilización industrial y competitiva adopta la forma de un "principio de actuación" o de rendimiento. Es "real" lo que es conforme a las exigencias económicas e ideológicas de esta sociedad. En ella el trabajo es un trabajo forzado y alienado y la sexualidad ve confiscadas sus energías en beneficio de la mera reproducción dentro de la familia monogámica, por una parte, y de sublimaciones forzadas e insuficientes por la otra, quedando una gran parte de vidas y energías humanas destinadas al compromiso neurótico.

La otra distinción, complementaria de la anterior, es la de dos

tipos de opresión o represión social: la opresión básica o fundamental y la sobrante o suplementaria. La opresión básica es la necesaria para el mantenimiento del fenómeno sociocultural en sí: la sociedad no espera a que el niño esté en condiciones de sublimar por su cuenta y gana, sino que lo fuerza a hacerlo, para promoverle al nivel alcanzado por ella misma. Pero toda sociedad realiza una opresión suplementaria con objeto de asegurar el tipo de dominación concreta vigente en ella. La sociedad industrial reprime los instintos mucho más allá de lo que exigiría el mantenimiento de los logros de nuestra cultura y esta opresión sobrante está al servicio de los intereses de



la dominación (en lenguaje marxista: de los intereses de la clase dominante).

Para Freud la civilización creaba y mantenía un círculo vicioso, pagando su racionalidad con la desdicha: a mayor civilización, mayor culpabilidad y mayor renuncia a las satisfacciones instintivas. Marcuse piensa que esta visión es insuficientemente dialéctica: el proceso encierra en sí la posibilidad —la necesidad dialéctica, más bien— de su superación (Aufhebung en sentido hegeliano). Justamente porque

dos de las amenazas que Freud vio en el origen de la cultura —la caducidad del cuerpo y la violencia de la naturaleza hostil— están en trance de ser casi enteramente dominadas por el hombre, la subsistencia de la opresión (y particularmente de la opresión sobrante) es cada vez más insostenible e irracional. Marcuse sugiere entonces, apelando aquí no sólo a Freud, sino a toda una tradición de filósofos y utopistas, las grandes líneas de lo que sería una civilización no represiva, en la que el principio de realidad se inspiraría en el principio del placer, el cuerpo sería de nuevo plenamente erotizado y el trabajo se convertiría en juego.

Frente a esta exégesis de Freud el camino emprendido por los revisionistas del freudismo parece, en efecto, una regresión. Pretendiendo "socializar" a un Freud demasiado "biológico" e individualista, han despojado a la crítica freudiana de la cultura de gran parte de su substancia explosiva. Marcuse denuncia la teoría de los revisionistas como una ideología conformista. Este reproche lo dirige incluso contra Erich Fromm, que ha analizado con tanta lucidez la enajenación radical del hombre en nuestra civilización industrial y ha denunciado con tanto vigor la plaga del conformismo. Cabe preguntarse si este reproche no nos alcanza a todos, en la medida en que defendemos un ideal humanista sin tomar conciencia exacta de la ambigüedad de nuestros objetivos y la insuficiencia de nuestros medios. Podemos entrever la posibilidad de una civilización no opresiva en que el hombre alcanzaría su plenitud humana y hasta podríamos promoverla con nuestra crítica, nuestra fe y nuestro sacrificio; pero mientras vivamos en esta civilización en tan gran medida alienante, nuestras posibilidades concretas de dicha y de humanismo están limitadas por su férrea dialéctica.

ARMANDO SUÁREZ

CAMINOS DE LA ECONOMÍA DEL FUTURO

J. BÉNARD, N. KALDOR, M. KALECKI, W. LEONTIEF, J. TINBERGEN. *Programación del desarrollo económico*. Fondo de Cultura Económica, 1965.

Desde las *Maximes Générales du Gouvernement Economique* y el famoso *Tableau Economique* de François Quesnay, la planeación del desarrollo económico ha sido una de las preocupaciones primordiales de los economistas.

Si se considera que el desarrollo económico de las naciones subdesarrolladas es uno de los problemas más arduos y de más difícil solución con que tiene que enfrentarse el mundo en esta segunda mitad del siglo xx, libros como el que ahora nos ocupa, realizado por los más connotados especialistas en planeación y programación económica, vienen a reforzar la convicción de que la planeación puede ser un instrumento poderoso para acelerar las tasas de desarrollo.

El presente libro, que es producto del seminario organizado por la Oficina de Programas de Asistencia Técnica Regional para América Latina de la UNESCO, reúne las conferencias sustentadas por J. Bénard, director del *Centre d'Études de la Prospection Economique à Long Terme*, París; N. Kaldor, profesor del *King's College* de la Universidad de Cambridge; M. Kalecki, miembro de la Academia de Ciencias de Varsovia; W. Leontief, profesor de la Universidad de Harvard; y J. Tinbergen, Director del Instituto de Investigaciones Económicas de Rotterdam.

Las funciones macroeconómicas de producción y planeación son expuestas sistemáticamente por J. Bénard, y aunque son fruto de expe-